

grandes oradores, y ha dado las obras magistrales de eloquencia, no teniendo ya materia para sus discursos, vino á extinguirse, y en vez de conmover al pueblo, y hacer temblar á toda la Grecia se perdió por frias y pueriles declamaciones en

los estrechos limites de una escuela; y faltando la eloquencia política, puede considerarse enteramente arruinada la verdadera oratoria. La judicial ó litigiosa, por decirlo así, que los Griegos llaman *dica-nica*, jamas habia levantado tanto el vuelo, como la deliberativa y política; y antes bien quiere Hermógenes (a), que la mas excelente forma de oracion judicial sea aquella, que es mas contraria á la política. De aqui provino que la judicial no abrazase la pompa ó magestad de la oratoria, y se contentase con oraciones sencillas y faltas de todo adorno, como insinua Isócrates en el *Panatenáico*. Aristofanes en las *Avispas* hace ver, que en la misma Atenas, donde tanto reynaba la

(a) *De form. lib. II, c. X.*

eloquencia, estaban tenidos en tan poco aprecio los abogados y defensores de pleitos que solo hacian profesion de la eloquencia judicial, que los jueces se servian de ellos para los ministerios mas viles y baxos, hasta para hacerse limpiar el calzado. Isócrates despreciaba este genero de eloquencia, y escribiendo oraciones por otros, jamas pudo reducirse á emplear su estilo en materias judiciales; y si tenemos en este genero algunas oraciones de Demostenes, no son ciertamente de las mas celebradas de aquel grande orador. Pero despues del imperio de Alexandro no tenían los oradores otro campo para hacer ostencion de su facundia, que los pleitos privados y los reducidos limites de los tribunales, ó las sofisticas declamaciones y los entretenimientos de las escuelas. Los adornos, que antes eran correspondientes á la magnitud de las materias, aplicados á la pequeñez de los informes judiciales ó de las charlatanerias escolásticas, aparecian frios é ineptos, y en vez de hermosear y ennoblecer la oracion la hacian

afectada y pueril: la oratoria, no teniendo causas estrepitosas y materias importantes, que llamasen la atención del público, perdía su nervio y vigor, y en vez de producir oradores fuertes y robustos, no daba mas que vanos sofistas, é importunos declamadores.

Eloquencia forense entre los Romanos.

De mas glorioso esplendor gozaba aquel arte en Roma, donde se sentaba en magestuoso trono para gobernar el universo. Quando la eloquencia griega estaba en su mayor auge en Atenas, y producía los Hiperides, los Eschines y los Demostenes, los rusticos y guerreros Romanos, dedicados enteramente al arte militar, no pensaban que pudiese haber un arte, que enseñase el modo de bien hablar, y pudiese con esto contribuir al gobierno del universo. Pero aumentandose mas y mas la grandeza del imperio romano empezó tambien á adquirir algun lustre la eloquencia, adelantandose esta casi á los mismos pasos que las armas romanas. Nosotros tenemos en Ciceron una exácta é individual historia del origen y progresos de la ora-

toria romana; pero no vemos competir esta con la griega hasta que comparecen en el foro Craso y Antonio, emulos de las alabanzas de los Eschines y de los Demostenes. La gloria de estos dos ilustres oradores eclipsó el esplendor de Filipo, de Scevola, de Cota y de otros coetáneos, quienes ciertamente hubieran adquirido no poca fama en el foro, si no hubiesen tenido unos competidores de esta naturaleza. Q. Hortensio fue el unico que obtuvo singular credito despues de Craso y de Antonio, y de algun modo hizo poner en olvido sus celebrados nombres. Su ingenio, como un luciente rayo deslumbró desde luego los ojos de todos, y, como dice Ciceron (a), al modo de una estatua de Fidias apenas fue visto quando fue admirado y alabado; pero su merito ciertamente no era igual á los elogios con que se veia honrado. La oratoria, segun dice Ciceron (b), debe á Hortensio dos cosas bastante utiles, introducidas

S 2

por

(a) De cl. Or. LXIV. (b) LXXXVIII.

por él antes que por otro alguno , á saber el dividir en ciertos puntos la materia que debia tratar , y el hacer al fin un epilogo de quanto habia tratado. Pero la mayor ventaja que Hortensio acarrió á la eloqüencia, fue haber con el eco de sus aplausos despertado el animo de Ciceron , y empeñandolo con dulces estímulos de viva emulacion á entrar en tan gloriosa carrera.

Ciceron. Jamas se ha visto tan triunfante la eloqüencia como quando hablaba por boca de Ciceron. Nombrar y deponer generales , absolver á los reos , castigarlos con las justas penas , defender los inocentes oprimidos , libertar de las vexaciones á las agravadas provincias , confirmar á uno en el mando , quitarselo á otro , y en suma manejar á su arbitrio , y conducir donde mejor le pareciere los animos de los jueces , del senado y del pueblo eran efectos seguros de la , estoy por decir , omnipotente eloqüencia de Ciceron. Y á la verdad qué corazón será tan insensible , que al leer sus oraciones no se sienta pe-
ne-

netrado de aquellos afectos que pretende inspirar el orador ? Si quiere él adornar con palabras las alabanzas de Cesar , de Pompeyo , de Murena ó de qualquier otro, nos vemos obligados á estimar y venerar estas personas , aunque jamas las hemos conocido. Y al contrario qué desprecio no nos hace concebir de Vatinio , de Cecilio y de otros que él quiere deprimir ? Qué odio no nos inspira contra Verres , Catilina y Antonio ? En fin la gravedad de Caton , la severa secta de los estoycos y la respetable jurisprudencia comparacen ridículas quando él quiere presentarlas tales. Quien puede contener las lagrimas al leer la oracion en defensa de Milon ? Quien no se llena de gozo por la vuelta de Ciceron á la ciudad , y tambien por la de Marcelo ? No hay oracion alguna, aún de las mas tenues , en que el orador no manifieste el gran poderio de su eloqüente voz. La evidencia para convencer el entendimiento de todo lo que quiere probar, no es inferior á la fuerza para conmover la voluntad. Con tal claridad re-
fie-

fiere los hechos, y los pone delante de los ojos, que no parece que se oye la relacion de ellos, sino que realmente se ven executar. Que sutileza en buscar los mas oportunos efugios! que agudeza en hacer las mas importantes reflexiones! que precision en insinuar las mas fuertes razones! La diosa de la persuasiva podia mejor fixar su noble trono en los labios de Ciceron, que en los de Pericles, donde queria Eupolis que tuviese su asiento: y si á la eloqüencia de Cetego dió Enio el nombre de medula de la persuasiva *sua-daeque medulla*, que elogios no hubiera dispensado á la facundia de Tulio, quien mas que el meollo era el alma y la vida de la mas eficaz manera de persuadir? Ya en los tiempos inmediatos á Ciceron quiso el griego Cecilio hacer un cotejo de Demostenes con Tulio, y se burla de él Plutarco (a), porque con poca inteligencia del language latino se metía á formar un juicio, que era superior á su conoci-

(a) In Demosth.

miento. El mismo Plutarco se excusa (a) de entrar en tal parangon, por no haber adquirido la inteligencia y erudicion en la lengua latina que requería un trabajo semejante; aunque despues, tal vez llevado del amor patrio, habla de modo que da á su Demostenes una manifiesta preferencia. Quintiliano (b) y Longino (c) se portaron con mayor equidad en su juicio, y los bosquejos que aquellos dos maestros nos han dexado de la eloqüencia del orador ateniense y del romano, nos dan tal vez mas justa idea de su merito, que quantos quadros han formado despues estudiosamente varios autores. Infinitos son los modernos, que se han propuesto hacer el paralelo de aquellos dos principes de la eloqüencia: Fenelon (d), Swift (e), Hume (f) y varios otros dan abiertamente la preferencia á Demostenes; Rapin (g),

Ti-

(a) Ibid. (b) Lib. X, c. I. (c) XII. (d) Lett. sur l' Eloq. (e) Lett. X à Young clergyman. (f) Essai XIII. of Elog. (g) Paral.

Tiraboschi (a) y otros en no menor número se manifiestan al contrario mas apasionados á Ciceron. Después de las eruditas fatigas de tantos hombres doctos me animaré á exponer libremente mi juicio, dexando con libertad á los lectores para que le den aquel peso que mejor les parezca. Yo ciertamente encuentro en Demostenes dos ventajas respecto de Ciceron, que no creo que se le puedan contrastar; y son el apretar y concluir mas fuertemente al adversario, que le concede Quintiliano *concludit adstrictius*; y el emplearse unicamente en el intento propuesto, sin procurar poner á la vista su eloqüencia, que le atribuye Fenelon. Es cierto que en Tulio, por mas que todo agrade en extremo, podrá tal vez un severo censor querer quitar algunos adornos, que le parecerán mas ambiciosos que necesarios, y restringir á veces algun tanto la copia de su abundante facundia. La florida belleza, la rica abundancia y la

(a) Tom. I, par. III, lib. III, c. II.

colorida variedad de las oraciones de Ciceron pueden ciertamente formar las delicias de todas las edades; pero singularmente arrebatarán á la vivaz y alegre juventud: la fuerza y vehemencia de Demostenes no pueden hacerse gustar de todos; sino que requieren edad madura, agudeza de ingenio, solidéz y valentia de espíritu. Ademas de las dos ventajas con que Quintiliano corona á Ciceron, esto es, de las sales y de la conmisericordia, en las quales ciertamente dexa muy atras á Demostenes y á todos los otros, ademas del merito de la variedad en el estilo, que es mucho mayor en Ciceron, sabiendo usar de la fuerza y dulzura, de la concision y copia segun lo requieren las circunstancias; quando Demostenes no es mas que fuerte y conciso, y no sabe acomodarse á las diversas circunstancias de las materias: pasando al particular, encuentro en Ciceron mas variedad y mas propiedad en los exórdios, los quales no repiten las mismas ideas, sino que son siempre diversas, no dicen cosas adaptables á muchas oraciones, sino

Tom. V.

T

que

que siempre estan sacados de la naturaleza misma de la causa , y maravillosamente le abren el camino para internarse en la oracion : quando Demostenes en sus exórdios vuelve repetidas veces á los mismos pensamientos , y se entretiene en cosas que podrian igualmente aplicarse á qualquier otra materia. Las narraciones de Ciceron son muy superiores á quantas bellas narraciones han escrito Demostenes , Eschines y todos los Griegos. La destreza en evitar el odio , y ganarse el afecto y la benevolencia de los oyentes , la maestría en manejar los animos , la finura en convertir á su intento todas las cosas , y todo lo que es artificio oratorio , se encuentra con notable ventaja en Ciceron mas que en Demostenes y en todos los oradores de la Grecia. Sea enhorabuena Demostenes generalmente superior en la fuerza y en el calor del estilo , aunque Ciceron en algunas oraciones puede igualarle aun en ésta prenda oratoria ; pero la finura y delicadéz de los pensamientos , que Ciceron sabe usar en ciertas alabanzas

banzas , la grandeza y noble magnificencia de las expresiones , de que oportunamente se vale en otras , las gentiles y graciosas maneras , con que ridiculiza lo que quiere , la variedad y vivacidad de los colores , de que se sirve para presentar á uno odioso , y á otro despreciable , el arte de excitar los afectos , sujetar los corazones y disponer á su arbitrio del animo de los oyentes , son prendas no comunes al griego orador , sino privativas del romano , y recompensan con ventaja aquella poca superioridad que da á Demostenes la fuerza y el ardor de su fogoso estilo. Asi que no puedo perdonar al eloquente Rouseau el enfatico juicio que quiere formar de la eloquencia tuliana en cotejo de la demostenica. Dice él (a) , que su discipulo arrebatado del varonil y vigoroso estilo de Demostenes dirá *este es un orador* ; pero leyendo á Ciceron dirá *este es un abogado*. Yo no sé que quiere decir Rouseau con esta distincion de *orador* y

T 2

abo-

(a) *Emil.* tom. III, suit. du liv. IV.

abogado, y aún creo que ni él mismo lo sabe: tal vez con mas razon podria decirse todo lo contrario, que Ciceron es un verdadero orador, y que Demostenes no es mas que un abogado; porque si tomamos el abogado como contrapuesto al orador, aquel parece que deberá llamarse abogado, que sencillamente y sin pompa de palabras produce con concision y fuerza las razones á favor de su clientulo, ó contra su adversario, quando el orador no contento con exponer sus fundamentos los amplifica, los hermosea y con el ornato y la magnificencia de la oracion los anima y esfuerza. Y en este sentido; quien negará que el titulo de *abogado* pertenezca á la precision y parsimonia de Demostenes, y el de *orador* á la pompa y magnificencia de Ciceron? Pero si se entiende por abogado valerse de sutiles y sofisticas razones, emplearse en la explicacion de algunas palabras de la ley, ó entregarse á otras cavilaciones, entonces ni Ciceron ni Demostenes podran llamarse abogados, y ambos, diga lo que quiera Rousseau, debe

berán ser tenidos por oradores, y oradores excelentes. La eloquencia romana habiendo llegado á tan alto punto en las oraciones de Tulio, lejos de elevarse mas, no pudo sostenerse en aquel estado, á que tan gloriosamente la habia sublimado Ciceron. Despues de él no hay orador alguno, que haya merecido la memoria de los posteriores; y entre aquellos pocos, que se hallan recomendados por los antigüos, observo que se habla de Calvo, de Asinio Polion, de Celio y de Bruto con mayor elogio que de otro alguno. Pero nosotros particularmente de la facundia de Bruto podremos con razon formar un favorable juicio. Ciceron le da con frecuencia sobre todos los otros los mas lisonjeros elogios, sin embargo de que él tuvo valor para no conformarse con su dictamen sobre el optimo genero de oradores; y Tulio, acostumbrado á verse respetado de todos, singularmente en esta materia, no puede sin embargo dexar de alabar la eloquencia de un jóven, que se oponia á su juicio. No tenemos la oracion que Bruto

to dixo en el Capitolio , despues de la muerte de Cesar ; pero sabemos que Ciceron , escribiendo á Atico con amigable confianza , la alaba como escrita con la mayor elegancia en las sentencias y en las palabras: *est autem oratio scripta elegantissime sententiis, verbis, ut nihil supra (a)*. Y aunque la hubiera querido mas ardiente y fogosa , no puede negar que sea la mas elegante que pueda darse en aquel genero , que Bruto creía ser el mas perfecto: *Quo enim in genere Brutus noster esse vult, et quod iudicium habet de optimo genere dicendi, id ita consecutus est in ea oratione, ut elegantius esse nihil possit.* Este genero de eloqüencia , tan estimado de Bruto, era un cierto aticismo, que á Ciceron le parecia arido y seco , y del qual no podemos nosotros formar ahora acertado juicio. Pero sin embargo del estilo de Bruto nos queda todavia algun monumento , que nos hace formar harto mas favorable concepto de su merito oratorio,

(a) *Ep. ad Att. lib. XV, ep. I.*

y nos da motivo para creer que el aticismo de Bruto fuese diferente del que acusa Ciceron de frio y arido. Fenelon alaba (a) como uno de los rasgos mas singulares de eloqüencia un pedazo de carta de Bruto á Ciceron (b) , que se encuentra junto con las epistolas de este , en el qual con nobleza romana lo reprehende por haberse humillado á pedir perdon á Augusto. Y en realidad toda aquella carta , aunque dirigida privadamente á un amigo , está escrita con tal nervio y vigor de eloqüencia , que nos hace creer que en su oracion , dicha al pueblo en tan relevantes circunstancias , no faltarian aquellos rayos demostenicos , aquel ardor de estilo , aquella vehemencia y aquella gravedad , que correspondian á la persona del orador y á las circunstancias de la oracion , y que parece desear en él Ciceron. Yo , leyendo las pocas epistolas que nos quedan de Bruto , no puedo dexar de lamentarme con el mismo Ciceron , de que

(a) Carta arriba citada. (b) *Ep. ad Brutum XVI.*

á su maravillosa naturaleza, exquisita doctrina y singular aplicacion le hubiese desde el principio faltado el foro, y se le hubiese cerrado el campo en el punto mismo de empezar la carrera.

Decadencia de la eloquencia forense entre los Romanos.

En efecto entónces aconteció la grande mutacion en la republica, que poniendo en manos de un hombre solo todo el gobierno, quitó al pueblo el influxo en los negocios, é hizo que los oradores no pudiesen tratar causas importantes, capaces de inflamar su entusiasmo. El derecho á una herencia, la exención de una deuda, las querellas de privado á privado y negocios de poca importancia ocupaban el foro romano dominado por el poder de los Cesares, y no ofrecian campo á la facundia oratoria para exponer sus riquezas. El autor del *Dialogo de los oradores* pone á buena luz la diversidad de las causas, y de las formulas judiciales, que despues de los tiempos de Ciceron y de la republica se vieron en el foro, y que contribuyeron mucho á la depravacion de la eloquencia. Con la grandeza de las mate-

rias

rias toma creces la fuerza del ingenio, y no hay quien pueda formar una brillante y noble oracion, sino encuentra una causa que lo exija. Hay una gran diferencia entre tratar de un hurto, de una formula, de un interdicto, ó de la ambicion de los comicios, del saqueo de los aliados, de la muerte de los ciudadanos. Ni Demostenes, ni Ciceron ni otro orador alguno griego ó romano hubiera llegado á adquirir gran nombre, si se hubiese visto precisado á sujetar su facundia á los reducidos confines de causas poco importantes. Verdad es que aún en tiempos posteriores se trataban á veces causas de la mayor entidad, y que hubieran podido prestar campo á una viva eloquencia. Plinio refiere algunas tratadas por él (a), en las quales se proponian las acusaciones del Africa, de la Betica y de la Bitinia contra los robos, violencias y tiranias de los proconsules Prisco, Clasico y Vareno cometidas en sus empleos; y singular-

Tom. V.

V

men-

(a) Lib. II, ep. XI, lib. III, ep. IX, lib. V, ep. XX.

mente en la primera se veía todo el aparato, y toda la pompa judicial que exigía la gravedad de la materia. Pero semejantes causas y formalidades eran tan raras y poco frecuentes, que al mismo Plinio parece que le tiene fuera de sí el contento y la maravilla de haberlas visto, y solo sabe llamarlas bellas y antiguas (a). A mas de que todo aquel extraordinario aparato, de que habla Plinio (b), se reducía á la presencia del Cesar, y al mayor concurso de senadores: no se veía la publicidad de una plaza, no la multitud del pueblo, no aquella pompa y aquellas extrínsecas circunstancias, que hacían que se elevasen sobre sí mismos Ciceron y los otros antiguos oradores. Por lo demas el mismo Plinio nos hace ver repetidas veces quan reducida se hallaba la autoridad del Senado en juzgar las causas, hasta las mas privadas, quanta era la dependencia á los Cesares, quanta la corrupcion y venalidad de los jue-

(a) Lib. II, ep. XC. (b) Lib. II, ep. XI.

jueces, quanta finalmente la audacia y desvergüenza mas que libertad de los desbarbados oradores y de los aturdidos oyentes (a). Tacito nos presenta en los *Anales* (b) exemplos de la servil sujecion en que estaban los jueces baxo el dominio de los Cesares, y de la abominable depravacion de los juicios. Juvenal ridiculiza con acrimonia el gran cuidado que se ponía en las sortijas, en los vestidos y en la rica apariencia de los oradores, y el poco aprecio en que estaban tenidas las verdaderas prendas oratorias; y todo prueba el abatimiento del foro romano, todo manifiesta el menoscabo de su eloquencia. En Cacio Severo, alabado por Quintiliano (c), se acaba el antiguo gusto de la eloquencia romana, y empieza el nuevo como hemos dicho antes. Despues de él nos habla Quintiliano de Domicio Afro, de Julio Africano, de Tracalo, de Vibio Crispo y de Julio Secundo, como de

V 2 *oratorum*

(a) Lib. II, ep. XIV, et LV; lib. VII. CVI. et al. (b) Lib. II. (c) Lib. X, c. I.